

algunos libros, generalmente de interés militar, sin que el Protectorado, a pesar de su larga duración, suscitara entusiasmos posteriores.

Pasado el período colonial, incluso ese pequeño interés desapareció. Aunque, jamás, el Magreb, dejará de preocupar a gentes de nuestro solar. Bien por el quejido de la *mili* en África, la crisis de la IV República francesa, las andanzas del Polisario, el *socialismo* del FLN, los desplantes de Gadafi, o la amenaza integrista. Y también por los fosfatos, el petróleo, el gas, la pesca, los turistas que van a las *pateras* que vienen.

Asomarse a esta incitante combinación de calma y alboroto, exotismo y miseria, ha tentado a Antoni Segura. Su obra no presenta una investigación de primera mano sino una recopilación y una síntesis que, hoy por hoy, son únicas entre nosotros.

El autor, que reconoce una vieja vocación por el tema, ha escrito su libro con amor, apoyándose en los fondos del Centre D'Études de l'Orient Contemporaine y del Instituto del Mundo Árabe, para compendiar la bibliografía existente en inglés, francés, italiano, castellano y catalán. En seis capítulos, engloba la geografía física, económica y humana, la cultura y la historia del Magreb precolonial, el camino que condujo hasta los cinco estados independientes actuales y su compleja realidad, incluidos los conflictos pasados y los potenciales. Completan el libro, tres apéndices y una bibliografía, con la cronología de los países magrebíes desde su independencia, la presencia colonial española, el conflicto del Sahara occidental y el tratado de la Unión del Magreb Árabe.

El conjunto, es una buena aproximación al desconocido pasado, al problemático presente y al inquietante futuro de nuestros vecinos de Sur. Siempre tan próximos. Y tan desconocidos.

Gabriel Cardona

DELAUNAY, Jean-Marc, *Des Palais en Espagne. L'École des hautes études hispaniques et la Casa de Velázquez au coeur des relations franco-espagnoles du xxe siècle (1898-1979)*, Bibliothèque de la Casa de Velázquez, 10, Madrid, 1994.

El origen de este libro es una Tesis de Estado dirigida por Jean-Baptiste Duroselle, sobre «Las relaciones franco-españolas entre 1911 y 1923», cuyo autor, Jean-Marc Delaunay, está a punto de culminar después de muchos años de trabajo. El proyecto general de la investigación de Delaunay es, por tanto, de más largo alcance que el que en este libro que reseñamos aparece reflejado. Aquí Delaunay se centra en el análisis de dos instituciones, la *École des Hautes Études Hispaniques* (EHEH) y la *Casa de Velázquez*, en el marco precisamente de unas relaciones franco-españolas que adquieren en torno a esos años un

carácter que las marcan indefectiblemente durante toda la primera mitad del siglo xx. Dada la relativa indiferencia en Francia hacia los temas de las relaciones bilaterales con España, que ya señalara el profesor Girault en 1986, en el Coloquio *Españoles y franceses en la primera mitad del siglo xx*, el trabajo de Delaunay cabe calificarlo, de entrada, como un hito que señala la ruptura con ese clima existente entre los especialistas franceses de las relaciones internacionales contemporáneas de dar la espalda a los asuntos de España.

Su trabajo se inscribe en la línea de la mejor escuela francesa de historia de las relaciones internacionales, la inaugurada precisamente por su director de tesis, Jean-Baptiste Duroselle junto a Pierre Vilar. Tener la suerte de haber podido ser dirigido por un maestro de la talla de Duroselle (desgraciadamente fallecido el 14 de septiembre de 1994), habrá enriquecido el trabajo del autor, pero también, sin duda, al autor mismo. Con estos precedentes no es extraño, por tanto, que el propósito declarado de Delaunay se inscriba en la mejor tradición del análisis de las «fuerzas profundas» en las relaciones internacionales, en este caso, en el estudio del dinamismo de la acción cultural exterior francesa, pública o privada, científica o artística, hacia España. Se sitúa, así, también en la perspectiva de los grandes internacionalistas franceses, como Pierre Milza y Pierre Guillen, entre otros, que más han aportado al análisis de la acción cultural en el marco de las mencionadas «fuerzas profundas»<sup>1</sup>.

La empresa que ha acometido Delaunay se ha basado en una ingente investigación de archivos, en la que la abundancia y diversidad de fuentes consultadas, de carácter casi enciclopédico, no suele ser cosa habitual. El elogio que acompaña a esta constatación de la intensísima labor de recopilación de datos, paso previo a un trabajo serio y riguroso, ha de ser todavía mayor si se tiene en cuenta que los archivos propios de la EHEH y de la Casa de Velázquez desaparecieron en el fulgor de la batalla en la Ciudad Universitaria, en noviembre de 1936. Por ello, el merito de Delaunay es mayor si cabe porque ha tenido que trabajar y reconstruir una historia con fuentes colaterales, no obstante lo cual, el «ambicioso programa» que se propuso desde el principio, está más que cumplido.

Quizá no sea desacertado empezar por las conclusiones del libro de Delaunay para entender el conjunto del mismo, para hacer un balance de las diferentes instancias, organizaciones, instituciones y personas que se mueven por él, a lo largo de tan vasto periodo de casi un siglo. Establece Delaunay tres llaves para abrir una misma puerta, la que guarda las realizaciones culturales francesas en España en ese tramo histórico, la tercera de las cuales —una vez leído de principio a fin el libro— me parece la más importante, la llave de las

---

<sup>1</sup> Vid. Pierre MILZA, «Culture et relations internationales», en *Relations Internationales*, n.º 24, 1980. Igualmente, André RESZLER y Alison BROWNING, «Identité culturelle et relations internationales», en *Ibidem*, y P. GUILLEN, «La politique culturelle de la France en Italie dans les années 1918-1922», en *Relations Internationales*, n.º 25.

trayectorias y ambiciones individuales. A lo largo de su investigación aparece una gran cantidad de nombres propios, pertenecientes todos ellos a personalidades muy diferentes que atraviesan los Pirineos y se internan en una realidad desconocida, abriendo caminos y señalando pautas que otros recorrerán más tarde al servicio de proyectos más sólidos, inconcebibles sin los primeros, todo hay que decirlo. Esta llave de la que habla Delaunay destaca con tal magnitud que me atrevería a sugerir al autor este otro subtítulo para su excelente trabajo: «Intelectuales en el fragor de los acontecimientos. Estudiosos y eruditos, aventureros intrépidos, al servicio de la cultura y de Francia».

De todos los personajes que pueblan el estudio, dos destacan con luz propia: Pierre Paris y Maurice Legendre. El primero vio el proyecto de una vasta realización cultural francesa en España, y luchó por él como nadie; el segundo vio culminar lo que Paris no pudo, porque la muerte le privó de la contemplación por fin materializada de su sueño, pero por poco tiempo ya que la guerra civil española deshizo la obra destruyendo las piedras del Palacio que ya la albergaba. Sólo la energía de Maurice Legendre «salvó la Casa de Velázquez del olvido y de la desaparición pura y simple». La llave de las trayectorias personales explica mucho, en efecto. Delaunay la aceptaría sin duda como prioritaria, como cabría inferir de que las dos primeras palabras que acierta a escribir son «Pierre Paris»: así empieza el libro.

En efecto, Pierre Paris, llegado a Burdeos como profesor en 1885, se interesa pronto por España, siendo él quien, en agosto de 1897 se hace con la Dama de Elche para el Louvre, y se convence del valor arqueológico de España, y de su arte clásico, rindiéndose a la maestría de Velázquez en el Museo del Prado. Su entusiasmo recién adquirido por las cosas peninsulares va a encontrar un terreno de desarrollo favorable en la Universidad de Burdeos y, en general, en el ambiente de reforma universitaria que preside la reestructuración de la enseñanza superior francesa a partir de las leyes de Louis Liard, que creaban las universidades modernas francesas. Las Universidades del Midi francés, más propensas a captar las realidades mediterráneas se interesan en general por el Sur, y por España en particular: Burdeos y Toulouse destacan.

Aquí es donde interviene la segunda llave, la «Clé nationale», de Delaunay, que pone el acento en las fuerzas profundas que afloran en este momento de renovación de la universidad, laica a partir de entonces. Esa renovación impulsa la aparición de un hispanismo científico y una historia, igualmente científica, base propia desde la que abordar con rigor un eventual proyecto cultural en España. Esta es la realidad de Francia, la de un hispanismo francés que logra nacer hacia 1900 (en la primavera de 1899 apareció el primer número del *Bulletin Hispanique*, en la Universidad de Burdeos, animado por Pierre Paris y Georges Cirot, primer profesor de estudios hispánicos de dicha universidad; junto con Georges Radet, Pierre Imbart de la Tour, Morel-Fatio y Ernest Merimée, éste último de la Universidad de Toulouse, nacía el primer grupo de hispanistas), y consolidarse de manera definitiva hacia 1906 (con las agrega-

ciones de español de ese año en las Universidades de Burdeos, Toulouse y Montpellier). Con todo, como señala Delaunay en sus conclusiones, la Francia del siglo xx, potente y débil a la vez, sufrió tales dificultades políticas y económicas que el soporte financiero fue lento en ponerse en marcha, de manera que la baza «nacional» sufrió todos los retrasos habidos y por haber.

La «Clé internationale» es la tercera, la que explica la acción exterior cultural por patriotismo, por prestigio e influencia, por el poder y la gloria de Francia. Se trataba, en definitiva, de instalarse antes de que lo hicieran otros, o, al menos, de competir con ventaja. De ahí la importancia, como señala Delaunay, del concepto de «influencia francesa», factor animador clave de la diplomacia francesa desde hace decenios. Desde la fundación, a mediados del siglo xix, de la Escuela francesa de Atenas, esta había sido la estimación fundamental de los núcleos rectores de la política exterior francesa, la influencia, el prestigio en definitiva. Con toda seguridad, quienes los erigieron y dirigieron pensaron más en criterios de cultura y no tanto de rentabilidad política, al menos así fue en el caso de España.

El interés propio a toda expansión de la influencia, y la competencia entre potencias a que da lugar, se incrementó entonces como consecuencia de que los principales países apuntaron hacia aquellos territorios que consideraban decadentes —España, Imperio Otomano, Egipto— o especialmente débiles —Grecia e Italia—. Francia, país mediterráneo, consideraba esta cuestión de la presencia cultural y lingüística como esencial a su seguridad: España tuvo así una atención interesada; la «llave internacional» lo explica.

El dinamismo francés que se observa hacia España en el terreno de las realizaciones culturales, especialmente desde 1909/1910, contrasta con el retraso español que, en 1898, ni siquiera disponía de un ministerio de instrucción pública. Así, en 1908 la Universidad de Burdeos se plantea la creación de un Instituto francés en Madrid, como centro permanente de estudios. La paternidad de la idea es, sin duda, de Pierre Paris. La Universidad acordó, el 12 de marzo de 1909, la creación en Madrid de una *École de Hautes Études Hispaniques* (EHEH), similar en sus objetivos a las Escuelas francesas de Atenas y Roma, agrupando a historiadores, arqueólogos y artistas (éstos últimos por intervención de Paris, que además de arqueólogo era historiador del arte), aunque la principal diferencia con éstas es que la futura EHEH acogería también a investigadores en ciencias sociales y económicas de España. Esto iba a dar un sentido pluridisciplinar a la Escuela madrileña desde sus orígenes, que no tenían las otras.

El embajador de Francia, Paul Révoil, apoyó la idea. También los Ministerios de Instrucción Pública y de Asuntos Exteriores, así como las Academias francesas («inscriptions et belles-lettres» y «sciences morales et politiques»). Poco más tarde, el ministro de Exteriores, Stephen Pichon, decidió, por decreto de abril 1909, la creación del «Service des écoles et des oeuvres françaises à l'étranger». Aunque 1909 —dice Delaunay— todavía no era el año de la acción

cultural exterior de Francia, el hecho de que el Ministerio encargado de las relaciones con el exterior crease un instrumento de coordinación no podía sino conferir nuevas perspectivas a la expansión francesa. Pero, en realidad, el país vecino había dejado la labor de creaciones culturales en la cuenca mediterránea a la iniciativa privada. La acción del Estado era (y fue) muy tímida. De hecho, desde mi punto de vista, una de las principales conclusiones que se extraen del libro de Delaunay es que el Estado va detrás de la iniciativa privada, dirigida por hispanistas decididos, que arrastran tras de sí a los organismos nacionales hipotéticamente encargados de acometer esas tareas: el Instituto francés en España, fue fundado en julio de 1909, pero a duras penas se construirá un edificio para albergarlo (se inaugurará el 25 de marzo de 1912); y la EHEH nada menos que empezó su andadura en un simple apartamento alquilado en la Plaza de la Villa de Madrid desde el 1 de octubre de 1910.

Según Delaunay, el nuevo Instituto francés completó la red de establecimientos de la obra exterior francesa en la Europa meridional, siendo el principal núcleo de la influencia francesa en España. Pero, ¿quien financiaría esa influencia? Por aquellas fechas, la acción cultural del Quai d'Orsay (Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia) sólo disponía de 83.000 francos para toda Europa (11.000 para España). Como señala el autor, la cuestión central desde entonces será la de saber qué departamento debía asegurar la política cultural de Francia en el extranjero: ciertamente el Quai d'Orsay, pero también el Ministerio Instrucción Pública, e incluso el Ministerio del Interior, a través de la inagotable Comisión de Juegos. ¡Qué confusión para una acción simultáneamente cultural y diplomática!

En esta «ventana» internacional hay que incluir, evidentemente, las relaciones políticas con España, y Delaunay ha tenido el acierto, como no podía ser menos, de haber situado todo su trabajo en el marco de las relaciones bilaterales, cambiantes, porque nada menos que seis regímenes políticos se suceden en España entre 1909 y 1979. Dichas relaciones aparecen marcadas por la cuestión marroquí el comienzo, y por la guerra civil y el franquismo desde 1936/1939. Es ya casi un lugar común decir que España se reintegró a la acción internacional a través de Marruecos. Y es cierto. También es verdad que quedó marginada de dicha acción internacional a partir de 1945.

Volviendo al apartado «nacional», hay que decir que en España, a comienzos de siglo, se aprecia un cierto dinamismo en la acción de los intercambios culturales, que se materializa con la creación de la *Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas*, creada por decreto de 11 de enero de 1907. Durante el gobierno Canalejas se crea el *Centro de Estudios Históricos y la Residencia de Estudiantes*: un aire fresco alcanza a España. «La acción cultural de Francia —sostiene Delaunay— no se desarrollaría en el seno de una España amorfa».

Este dinamismo creador en España, que dio lugar en el terreno de las relaciones bilaterales a la creación en 1916 de un «Comité de Aproximación

Hispano-Francés», con Alba, Altamira, Benlliure, Blay y otros, halló su contrapartida con la formación de un «Comité de rapprochement franco-espagnol», en el que de parte española formaron parte, entre otros, Rafael Altamira, Jacinto Octavio Picón, Miguel Blay, Gonzalo Bilbao, Manuel Azaña, el duque de Alba, Odón de Buen y el pintor Villegas.

El resultado de las aproximaciones franco-españolas, que Delaunay analiza al detalle, fue la votación de la ley de 17 de abril de 1920, mediante la cual la existencia de una futura Casa de Velázquez adquiriría rango legal, y cuya primera piedra se puso el 22 de mayo, en medio de una gran representación española (con el rey a la cabeza). La Casa de Velázquez contribuiría a la formación de la juventud intelectual francesa, asegurando por otro lado la proyección de Francia en España. El presidente de la República, Millerand, firmó la ley el 14 de enero de 1924. Por fin el 20 de noviembre de 1928 se produciría la inauguración solemne de la Casa. Con la proclamación de la República en España, en abril de 1931, no se frustró el proyecto. Al contrario fue un momento de esplendor para la nueva institución, la Casa de Velázquez, aunque efímero. La guerra la destruyó prácticamente, siendo presa de las llamas entre el 19 y el 20 de noviembre de 1936.

En este periodo, los franceses de España vivieron también su propia guerra civil ...ideológica. Legendre pronto se unió, sin reticencias, al carro de Franco y el hispanismo se dividió. Algunos, como Baudrillard, Pitollet, Braunwald, sostuvieron la causa de Franco; otros, como Marcel Bataillon, Jean Babelon, Jean Camp y Pierre Vilar, la de la República.

Con la victoria de Franco en la guerra, una ley ordenaba en febrero de 1940 la reconstrucción de la Ciudad Universitaria. La ruinas de la Casa de Velázquez eran una afrenta permanente al recuerdo de una guerra y de una destrucción que el franquismo deseaba ocultar. Lo cierto es que hubo que pasar por una guerra mundial, un cierre de fronteras, y la vuelta a unas relaciones de vecindaje más normales, a partir de 1948, para que la tarea que se había encomendado aquel gran visionario de la obra cultural francesa, Pierre Paris, hallara en Legendre la persona que la recuperara. En Madrid, la autoridad de Legendre («el gran Hispanista», como lo llamaba *Arriba*) sirve al proyecto. Además, entre 1945 y 1948, se produce la definitiva tutela del Ministerio de Educación Nacional, lo que otorgaría a la Casa una verdadera Carta de naturaleza. El Quai d'Orsay evolucionaba, por otra parte, hacia una normalización con España: había que mantener la influencia política y cultural, reforzar las posiciones económicas y salvaguardar los lazos estratégicos. Todas eran buenas razones para no dejar España al solo influjo anglo-americano.

El 12 de enero de 1955 murió Maurice Legendre, siendo sustituido al frente de la Casa, desde el 1 de julio de 1957 por Henri Terrasse, pero la inauguración, ¡por fin! de la nueva Casa se iba a producir: fue el 25 de mayo de 1959. A partir de ahora, como dice Delaunay, la Casa tendría que convertirse en un instrumento cultural eficaz y no en un solo elemento de prestigio: los primeros

*Mélanges* aparecieron en el otoño de 1965. Hubo que esperar, no obstante, al 7 de febrero de 1969 para que se firmara una Acuerdo de cooperación cultural, científica y técnica entre ambos países. Con un retraso enorme en relación a otros países, y después de 10 años de negociaciones, Francia había podido concluir con España un arreglo en este dominio. En el artículo 4 se aludía expresamente a la Casa de Velázquez.

Tras la lectura de este excelente trabajo, «Des palais en Espagne», surge la idea de que una parte esencial de la obra cultural francesa en España se ha hecho ya merced a este completísimo estudio, pero que aún queda otra igualmente importante, a la que el propio Delaunay parece apuntar cuando habla de «migración cultural», un concepto y una realidad hasta hace poco fuera de la historiografía contemporánea. Parece seguro que ésta será la tarea que haya que abordar a partir de ahora, y analizar la producción científica y artística de la Casa de Velázquez y de la EHEH (recientemente resucitada mediante los nuevos Estatutos de 1993), para poner de manifiesto la acción cultural hacia o en el extranjero, independientemente de las motivaciones políticas o económicas. ¿Está dispuesto Delaunay a hacerlo?

Ricardo Miralles

TOGORES, Luís Eugenio y NEILA, José Luís *La Escuela Diplomática: Cincuenta años de servicio al Estado (1942-1992)*, Madrid, Escuela Diplomática, 1993. 595 pp.

Resultado de una ya dilatada colaboración entre la Escuela Diplomática y un grupo de investigadores —encabezado por el profesor Juan Carlos Pereira—, estudiosos de la problemática sobre la Administración exterior del Estado, es esta excelente monografía realizada por los profesores Luís Eugenio Togores y José Luís Neila.

Concebida inicialmente como un volumen conmemorativo de su cincuentenario, supera ampliamente esta dimensión para inscribir la trayectoria administrativa y orgánica de la Escuela Diplomática en los avatares de la política exterior e interior española.

La obra, precedida por un prólogo del Director de la Escuela, el Embajador Ramón Armengod, se inicia con una amplia introducción sobre los precedentes históricos de la carrera diplomática por parte del profesor José Martínez Cardos, desgranándose a continuación en ocho capítulos la historia de la Escuela Diplomática desde sus orígenes hasta la actualidad, divididos en tres partes «Antecedentes institucionales», «La Escuela Diplomática durante la era de Franco» y «La Escuela Diplomática bajo la Monarquía Constitucional».

Se completa el volumen con un importante apéndice documental que incluye desde la organización y su normativa básica, hasta los temarios y con-